

como un contacto de Dios que lo hace estremecerse. Sí; Cada vez que el alma humana ha sentido pasar en ella el soplo que arrebató, la llama que fecundiza con esa rapidez prodigiosa que parece libertarla de súbito de la constitucion normal de su vida, esta alma ha tenido como una aparicion del infinito; ha sentido mas ó menos en el fondo de sí misma el paso de Dios. Entonces es cuando el entusiasmo, tomando al génio jadeante sobre sus alas de fuego, lo lleva á las regiones de donde desciende; entonces es cuando á las miradas del artista los horizontes se ensanchan y las perspectivas se extienden; entonces es cuando lo que no era para él mas que claro se vuelve luminoso; entonces es cuando ve con profundidad, refleja con brillo y reproduce con esplendor. ¡Ah! Mirad en ese momento excepcional al grande artista arrancado á sí mismo por lo absoluto de su abnegacion y por la contemplacion extática de la belleza que lo arrebata. Miradlo trasportado á las cercanías de Dios por el poder de su entusiasmo. Lo que lo arrebató, lo transporta y lo transfigura en este momento, no es el entusiasmo de erizados cabellos, el entusiasmo del furioso, el entusiasmo del energúmeno, remedo miserable del verdadero entusiasmo; es el entusiasmo real, sincero, armonioso. ¡Miradlo á la luz de su entusiasmo, bello él mismo con la belleza que contempla y que quiere reproducir: su alma está llena de visiones, su corazon de estremecimientos, su pecho de soplos, su mirada de relámpagos, su rostro de rayos y su mano de poder: va á hacer su obra maestra; va á realizar su mas bella creacion, porque ha sido llevado por su entusiasmo tan cerca como es posible de Dios creador!

¡Ah! Ya comprendo porqué el racionalismo, y sobre todo el ateismo, matan lo bello en la humanidad, así como matan en ella la verdad y el bien; es que al separar al hombre de Dios para arrojarlo todo

entero en sí mismo y sobre sí mismo, suprimen el entusiasmo. Ya comprendo porqué un racionalista célebre ha podido decir que la última palabra de la ciencia, tal como él la comprende, ha de ser la extincion simultánea de la religion y del arte. Ya comprendo, en fin, porqué la religion, y sobre todo la religion cristiana, es la grande inspiracion del arte. Es que ella realiza el verdadero entusiasmo, por el heroismo de la abnegacion, y la cumbre del arte no es mas que el entusiasmo elevado á su mas alta potencia.

V.
Podría detenerme aquí; pero para acabar de mostraros la parte del hombre en las obras del artista, réstame señalaros una cosa sin la cual ni esta pureza de amor, ni esta sublimidad de la abnegacion y del entusiasmo son capaces de subsistir. Esta cosa, santa y bella entre todas, cuyo culto no pueden abandonar los artistas sin atentar mas ó menos gravemente al honor del arte y á la belleza de sus obras; esta cosa, auxiliar poderoso y custodio sagrado del verdadero génio del arte, que tiene, como este mismo génio, intuiciones luminosas y aspiracione angélicas; esta cosa, ya la habeis adivinado; se llama la *castidad*, es decir en el idioma cristiano y el vocabulario de la conciencia honesta, la verdadera pureza del alma.

Sobre qué se funda esta admirable alianza del arte y de la castidad, no es difícil hacerlo entender á las almas puras.

Ya hemos dicho que lo que es menester ante todas cosas al artista, es un ojo lúcido para descubrir la belleza, y una especie de instinto infalible para reconocerla y para adivinarla; y hé aquí lo que hace desde luego la castidad para el génio del artista:



da á su mirada algo de esa lucidez tranquila que caracteriza las naturalezas angélicas. El verdadero sentimiento de la belleza en ninguna parte penetra mas fácil y mas naturalmente que en el fondo del alma pura. La suave claridad de la luna que se refleja en la superficie de un lago, un rayo del sol atravesando un cristal immaculado, ó brillando de mañana sobre una gota de rocío; ninguna imágen, por graciosa y expresiva que sea, puede pintar este espectáculo del mundo moral, una gran belleza grabando su imágen en el fondo de una alma pura. Las almas castas, además de la claridad de la mirada, tienen una especie de instinto infalible que les advierte la presencia de lo bello, así como les advierte la presencia del bien. Es que la pureza del alma, la castidad, es la belleza del alma humana; es la belleza moral en lo que tiene mas puro y mas immaculado. Así pues, del mismo modo que el bien adivina el bien, la belleza adivina la belleza, y le dice al reconocerla: Yo te conozco; somos dos rayos del mismo foco, nos volvemos á encontrar en el centro de toda belleza.

La castidad hace mas que dar el tacto de la belleza; da tambien su amor; tiene una simpatía natural con todo lo que es verdaderamente bello. Mientras mas luz y mas pureza tiene una alma, mas se apasiona de toda verdadera belleza. No hay porque admirarse de esta relacion íntima, universal y constante entre la práctica de la castidad y el amor de la belleza; porque la pureza es la mas bella imágen del bien reluciendo en el fondo del alma humana; y así como la belleza reconoce la belleza, por la misma razon ama la belleza que se le asemeja. Del mismo modo que la castidad se sujeta al encanto de la belleza, y la ama con un amor puro como ella misma, así tambien siente en presencia de la fealdad una repulsion instintiva. Un autor ha hecho acerca de es-

to una juiciosa observacion: "Mientras mas pura é ilustrada es una alma, mas antipática le es la deformidad: toda alma que no se ha pervertido con una precoz corrupcion es repelida por la fealdad (1)." Lo que demuestra todavia cuán profunda es la alianza que une á la práctica de la castidad el amor de la belleza, es que al mismo tiempo que la pureza nos atrae hácia lo que es bello, lo que es bello, por su parte, conspira á hacérnoslo mas puro. La noble pasion de lo bello predispone á la virtud; y sea cual fuere su misterio, se diría que uno se siente mejor despues de haber admirado.

En verdad que no soy yo quien aconsejaría á una virtud atormentada y á una castidad militante el que se contentase con invocar este socorro, la contemplacion de lo bello. Es, empero, indudable, que hay en la contemplacion de todo lo que es verdaderamente bello, no sé qué de purificador: y segun la observacion de un jóven, dotado en el mas alto grado del sentimiento artístico, "se siente la necesidad de tener la conciencia pura, para acercarse á lo bello (2)."

Por el contrario, lo que se siente impuro, mas ó menos, desecha lo que es bello. Es que la deformidad moral impresa en nuestra alma, en presencia de lo bello que se descubre á nuestra mirada, ofrece un contraste cuyo íntimo sentimiento hiere la vida en su fuente. Es como un esplendor del orden que acusa nuestro desorden y nos causa este extraño dolor: ver con una misma mirada la belleza que está fuera y la fealdad que está dentro de nosotros. Así es que el hombre que lleva en sí mismo, hasta cierto punto, la depravacion moral, efectúa una reaccion, con detrimento del sentimiento artístico, contra el dolor que

(1) Lévêque.

(2) Tonnelé.

le causa este contraste de la fealdad dentro de sí y de la belleza fuera de sí. Ó niega su propia fealdad glorificando sus desórdenes, ó se fastidia de la belleza que lo hiere; y se ha visto á hombres, aun adornados de las mejores dotes, llegar así poco á poco sin atender á ello y sin siquiera sospecharlo, á amortiguar en sí esta fibra íntima que hace vibrar en concierto admirable y armonía perfecta, todas las facultades del génio artístico. No es posible ponerse impunemente en antagonismo con la armonía de las cosas: la belleza y el bien son hermanos; la virtud y el arte son solidarios; la castidad y la belleza se atraen; y en las devastaciones que el deleite sensual hace en una vida impura, nada puede impedir el que la delicadeza del sentimiento artístico perezca con la delicadeza del sentimiento moral.

Con la delicadeza del sentimiento artístico, con el instinto y el amor de la belleza, la ruina de la pureza arrebatada también poco á poco las grandes aspiraciones que forman á los verdaderos artistas. La impureza en las costumbres trastorna, ó al menos oscurece el ideal en las artes. En vez de comunicar á la materia el rayo del espíritu, deja caer sobre los resplandores del espíritu las sombras de la carne: cubre, como como con una espesa cortina, á las miradas del artista los resplandores del ideal. ¡El ideal! Pero, ¿existe todavía un ideal para el artista caído en los últimos precipicios, y si me atrevo á decirlo, en el último fango de la inmundicia humana? ¡El ideal! Pero, ¿qué es ese sol del arte visto á través de los vapores de la orgía ó buscado con una pupila empañada, con una alma enervada, con facultades adormecidas por los ultrajes de la prostitucion? ¿Qué ideal puede quedar al artista que no sabe siquiera, con una virtud vulgar, custodiar en su vida una pureza cualquiera?

Ya lo veis, Señores: todo se conserva en las cosas

en el fondo de una admirable unidad; lo Verdadero estriba en lo Bello, lo Bello estriba en lo Bueno, lo Bueno estriba en lo Puro, y de lo Puro depende lo Perfecto en la esfera del arte como en cualquiera otra esfera. La ley está sancionada; entre lo bello y lo impuro no puede haber alianza; y el génio del arte repudia una asociacion con la impureza de costumbres, que es incapaz de durar. Un momento, sin duda, pueden hallarse reunidos el vicio y el génio como una monstruosidad en el mismo individuo. Pero, tarde ó temprano, uno de los dos triunfa sobre el otro: ó el génio del arte, siguiendo sus inspiraciones generosas, destruye la práctica del vicio, ó la práctica del vicio, siguiendo sus instintos destructores, reduce á la nada, ó al menos humilla el génio del arte. El génio, empero, dejado á sí mismo, ama lo puro y lo inmaculado; admira, como los mas bellos reflejos del ideal en el hombre, los esplendores de la Castidad; y las obras que crea bajo su propia inspiracion, tienen no sé qué de casto y de puro como él mismo. Imita á ese gran maestro de la armonía que, cuando se sentía detenido en una creacion, invocaba á la Virgen inmaculada y le pedía que hiciera descender sobre su obra un reflejo de su pureza virginal. La medianía solo sueña en fáciles triunfos excitando los instintos sensuales y la curiosidad lúbrica de los pueblos degenerados. El verdadero génio deja caer sobre esos fáciles triunfos su desdén soberbio y su glorioso menosprecio. Si alguna vez aun el hombre de génio no se sonroja de tener con estos gustos depravados y estas exigencias vergonzosas, cobardes condescencias, ¡ah! creedlo, no lo debe á su génio. ¡La causa es únicamente la codicia, digámoslo claro, la *bestia humana*; pero él mismo, y por sí mismo, es como el ángel de los santos pensamientos y de las inspiraciones puras: sigue el soplo que es suyo; se eleva con libre vuelo muy alto sobre las bajas regiones de la carne y de los sen-

tidos, desdeña con toda clase de impureza, una reunion doblemente adúltera, y fijando sus miradas de águila en el sol de la belleza ideal, proclama desplegando sus alas y emprendiendo su vuelo natural, su inmortal himeneo con la castidad!

¡Ah! Quizás al escuchar estas palabras, algunos hombres demasiado interesados en repudiar esta santa alianza se verán tentados á reclamar. Exclamarán: ¡Exageracion sacerdotal! ¡Ascetismo! ¡Monaquismo! ¡Fanatismo! Tal vez añadirán: ¡Clericalismo! Pero no, Señores, creedlo: todos los que defienden esta alianza del arte con la castidad no son sacerdotes, ni monges, ni clericales. Escuchad entre otros el testimonio de un autor viviente que escapa por sus obras mismas á toda sospecha de monaquismo ó de clericalismo; testimonio tanto mas irrecusable en cuanto que el autor conoce mejor la gente cuyas costumbres pinta y cuyos extravíos señala.

“Escudriñad la vida íntima de los que merecen verdaderamente el nombre de artistas; los encontrareis á todos hombres de bien, hombres religiosos, y algunas veces *puros como santos*. En cuanto á esos hombres desvergonzados y corrompidos que toman el nombre de artista, los he visto pasar la mañana en el taller, la tarde en la taberna, la noche en todas partes. Siempre estan en vísperas de producir una grande obra, y despues de haber aullado toda la vida contra lo que es superior á ellos, desaparecen sin dejar mas huella de su paso sobre la tierra, que el humo que se desvanece. Estos hombres son tan artistas como los desertores soldados, ó los fallidos comerciantes. Todas las clases tienen su escoria: ellos son la nuestra.”

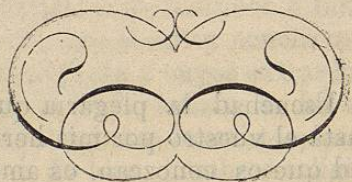
Señores, nosotros tomamos lo bueno dondequiera que lo encontramos, y yo me adhiero con toda mi alma á este testimonio ultra-profano, proclamando al par que el parentesco natural de lo bello y de lo pu-

ro, el sagrado matrimonio del grande arte con la castidad.

¡Tales son, Señores, con todas las diversidades y todos los matices que de mil maneras se explican, las relaciones íntimas que unen al hombre y al artista, el valor de la vida humana y el valor de la obra artística! Sí, Señores, creedlo: supuestos ya el trabajo y aun el génio, para subir bien alto en la esfera del arte, y para mantenerse sobre esas elevadas cimas desde donde arrebatada las simpatías generales y las admiraciones legítimas, hé aquí lo que necesitáis: es menester que seais á la vez hombres de religion, hombres de fé, hombres de corazon, hombres de abnegacion y de entusiasmo, y sobre todo es menester que seais hombres de castidad.

¡Oh Dios! Escuchad la plegaria que mi corazon hace subir hasta el vuestro por mis hermanos los artistas. Haced que os conozcan, os amen, y os busquen ante todo á vos, centro viviente de toda belleza: haced que á fuerza de religion, de fé y de amor, lleven la abnegacion y el olvido de sí mismos hasta ese entusiasmo que los trasporta á vos. Haced lucir sobre todo en su vida, con una pureza immaculada, esa belleza que buscan y que tienen la ambicion de reproducir por el poder de su génio. Haced florecer, en el centro de su corazon, la rosa celeste de la castidad; que al abrirse esta rosa embalsame con su mismo perfume su vida y sus obras: y que el género humano, al pasor delante de sus obras maestras, exclame con una admiracion llena de amor y de reconocimiento: ¡Oh! ¡Cuán bella es la generacion de los castos, y que esplendor los corona! *O quam pulchra est casta generatio cum claritate!* Sus obras se aromatizan con sus propios perfumes; son bellas con su

propia belleza; y yo, el género humano, les preparo en la inmortalidad de mi memoria una gloria inmortal: *immortalis est enim memoria illius.*



CONFERENCIA CUARTA.



Causas de la Decadencia Artística.

Monseñor:

Después de haber mostrado la naturaleza y el fin del arte, hemos visto lo que puede el hombre para el perfeccionamiento del artista, lo que su religión, su fé, su amor, su abnegación, su pureza y sus costumbres personales, importan para el progreso y para la gloria de sus obras. Es preciso confesar, empero, que el artista no es un ser aislado; vive en una atmósfera intelectual, moral y literaria, á cuyas influencias mas ó menos decisivas está sujeto; y si es verdad que el valor del hombre influye sobre las obras del artista, es también exacto afirmar que el siglo, con sus tendencias dominantes, influye sobre el uno y sobre el otro. Después de haber investigado las relaciones que existen entre el hombre y el artista, tenemos, pues, que investigar las relaciones que existen entre el artista y su siglo, bajo el punto de vista del progreso y de la decadencia artística.

¿El arte contemporáneo está en progreso ó en decadencia? Cuestion muy delicada que toca á la fi-